

Carlos García-León y Borja Martínez-Echevarría

Antonio Garrigues Walker

Testigo clave de medio siglo de nuestra historia



Antonio Garrigues Walker
Carlos García-León
Borja Martínez-Echevarría

**Testigo clave de medio siglo
de nuestra historia**

ediciones península

© Carlos García-León y Borja Martínez-Echevarría, 2014

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre de 2014

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2014
Ediciones Península,
Pedro i Pons 9, 11^a pta
08034 - Barcelona
info@edicionespeninsula.com
www.edicionespeninsula.com

Las imágenes de los pliegos en las que no figura el crédito correspondiente forman parte del archivo personal del biografiado.

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir imágenes protegidas en este libro.
Se han realizado todos los esfuerzos necesarios para contactar con los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

David Pablo - fotocomposición
Liberdúplex - impresión
Depósito legal: B-16.464-2014
ISBN: 978-84-9942-352-4

ÍNDICE

MI AMIGO ANTONIO, por Núria Espert	11
LOS GARRIGUES	13
Los Kennedy	15
El compromiso matrimonial con Jackie	18
Actuar como un clan	20
El abuelo Joaquín y la educación en valores.	22
El tío Joaquín: el catedrático amigo de José Antonio	23
Antonio Garrigues Díaz-Cañabate: padre, embajador y abogado	24
¡Que vienen los Príncipes!	27
El niño que quiso ser futbolista	29
Pasión por el mar	32
Tras la muerte de su madre	33
En el colegio de Aznar y Rubalcaba	35
Hermanos de sangre, adversarios del alma	37
El <i>multimillonario</i> de los Garrigues	39
La leucemia que despertó a Antonio	40
Antonio, el delfín	47
La impotencia al pie del ataúd	49
La antorcha del liberalismo	54
UN SOÑADOR LIBERAL, UN ABOGADO EN LA CIMA	55
El origen de J&A Garrigues	57
La inspiración de Delibes	59
Empieza la relación con Estados Unidos	60

A las órdenes de su padre	62
Un bufete como los de la Gran Manzana.	64
El ascenso de Antonio	66
Una boda a la carrera	69
Garrigues Law Firm	70
El impuesto Garrigues	72
Las inversiones extranjeras	74
La importancia de hablar inglés... en los años sesenta	76
El nacimiento de un selecto club	79
Una pica en la capital del imperio	82
La J millonaria	86
Sólo un Garrigues en Garrigues	89
La inversión de Ford en España	90
Un concurso de belleza en Europa	91
Henry Ford II en un Opel	94
Bienvenido, míster Ford	95
El petróleo y ETA entran en la operación	98
Almussafes, 636 negociaciones	100
La bendición de Franco a Ford	102
El rey corta la cinta y la calle de Ford	104
ASALTO A LA POLÍTICA	107
El nacimiento de los clubes liberales	109
Despierta la pasión política	115
La negativa a ser ministro de Justicia	118
El Partido Demócrata Liberal ve la luz	123
La visita postelectoral de Juan Pablo II	129
Ni un solo concejal en Madrid	131
La creación de un nuevo partido centrista	137
El «no» a Eduardo Zaplana	140
Se fragua la Operación Reformista	142
CIU quiere desembarcar en Madrid.	146
El club de los siete grandes bancos	149
Garrigues, Roca y Florentino Pérez.	151

La negativa de Adolfo Suárez	154
Galicia: el principio del fin del PRD	157
Miquel Roca, <i>president</i>	158
La encuesta de los cien millones	162
Batacazo electoral y económico	163
Adiós a la política	165
 EL PODER DE LA INFLUENCIA	 167
Amenazado por el GRAPO	169
Precursor de la CEOE	173
Al frente de un <i>lobby</i> empresarial	174
Su conexión con David Rockefeller	176
El gobierno del mundo en la sombra	179
La entrada en la Comisión Trilateral	183
Los trece elegidos para Tokio	187
Protagonismo en la noche del 23-F	191
La buena relación con la Corona	195
Admiración por Felipe González	198
 EL MAYOR BUFETE DE EUROPA CONTINENTAL	 203
La matanza de los laboristas de Atocha	204
Buen líder, mal gestor	205
La crisis de los noventa	210
La alianza con Arthur Andersen	213
Las dudas de la fusión	217
La filtración al diario <i>Expansión</i>	221
La oposición de la profesión	224
Un paso al lado	227
El escándalo del caso Enron y la caída de Andersen	228
Vuelta al ruedo	233
El despegue de Garrigues	234
El incendio del Windsor	236
 UN HOMBRE DE LETRAS. EL HUMANISTA	 239
El viaje a Venecia con Pepín Bello	241

Aquí no entra una tele, aquí hay que leer.	244
Un enemigo llamado cáncer.	245
Amigos juntos pero no revueltos	249
Medio siglo de teatro	252
Las representaciones en Sotogrande	255
Encima de las tablas con Gómez y Espert	258
EL FUTURO ES HOY.	261
Compromiso con los refugiados	262
Una mirada hacia el futuro	265
EPÍLOGO	269
AGRADECIMIENTOS.	275
ÍNDICE DE NOMBRES	277

MI AMIGO ANTONIO

Me pareció rarísimo que Antonio Garrigues me pidiera un apunte para introducir uno de sus libros y, más aún, cuando al recibir el texto supe que se trataba de su biografía.

Siempre he sabido que Antonio no era sólo la persona a la que yo conozco, trato y quiero, ese amigo incondicional siempre dispuesto a ayudar, a levantarte el ánimo, a hacer fácil lo difícil, a darse entero en las aventuras culturales, cuanto más inquietantes e inseguras, mejor. Sabía también, naturalmente que es un hombre con un éxito profesional extraordinario, con un bufete de vértigo y tenía que haber deducido que no podía tener sólo esa cara amable de esas reuniones de amigos tan gratas, y con amigos de mentalidades tan diversas, que parecen un camino seguro para que le den a Antonio el Premio Nobel de la Paz.

En esta espléndida biografía de García-León y Martínez-Echevarría se pormenorizan la lucha, la dureza, la necesidad permanente de crecer o perecer y aparece la otra cara de Antonio, la cara de Antonio Garrigues Walker, en ese mundo áspero, tan competitivo, con la exigencia del crecimiento continuo, con fases dramáticas, críticas, decepciones, todo ello vivido dentro de un éxito deslumbrante y un prestigio a nivel internacional que sigue creciendo y creciendo aun ahora cuando Garrigues Walker quiere dar un paso atrás y disfrutar del panorama de todo lo construido.

No creo que pueda. No creo que sepa.

Me pregunto cómo ha resistido su parte tierna, poética y humanista en esa tierra tan árida y eso es lo que yo creo que lo convierte en alguien tan único, tan carismático, casi irreal, tan

energético, con una curiosidad tan juvenil, tan refrescante. Su mantra es «siempre hay que estar aprendiendo algo». Hace un par de años me dijo que estaba aprendiendo alemán. Yo le dije «pues yo, chino». Yo creí que había estado bastante graciosa pero Antonio muy serio me dijo: «Oh, qué bien, Núria, qué maravilla».

Si diera ese paso atrás sería fantástico para los que podríamos disfrutar aún más de su compañía, de su sabiduría y de su optimismo y esperanza. De su amistad.

Núria Espert

LOS GARRIGUES

Corría el año 2001. Un joven periodista cruzaba la calle José Abascal. Había concertado un breve encuentro con el presidente del bufete Garrigues, Antonio Garrigues. El motivo era contrastar una noticia que había llegado a sus oídos. Carlos Agrasar, el director de comunicación del despacho, le esperaba en la última planta.

—Vas a tener que aguardar un poco.

—No hay problema —respondió el periodista, confiando en que la espera no fuese para largo.

—Antonio está con una visita. Si no te importa, te dejo aquí, que tengo que cerrar un asunto.

—No te preocupes.

Agrasar volvió al ascensor y el periodista se quedó mirando a través de la cristalera que daba a la terraza. La secretaria de Antonio Garrigues trataba de cuadrar la complicada agenda llena de eventos profesionales y personales del abogado. Levantó el teléfono e interrumpió la conversación. Con el máximo sigilo y discreción, pero sin poder evitar los finos oídos del periodista, la secretaria preguntó:

—Don Antonio, recuerde que debe contestar ya si va a poder acudir o no.

Pocos minutos después se abrió la puerta. Garrigues acompañó a su invitado, que también parecía abogado, hasta el ascensor. Al volver, saludó al periodista y le hizo pasar al despacho.

—¿Cómo te va todo? —preguntó el abogado.

—Pues no me puedo quejar —respondió el periodista,

algo sorprendido por la familiaridad que demostraba el presidente del bufete.

—Perdona un momento.

Garrigues se levantó de su sillón, abrió la puerta y le dijo a su secretaria:

—Araceli, llame a Zarzuela y confirme mi asistencia.

El abogado sonrió ante la cara de sorpresa del periodista.

—Tranquilo, suena muy importante pero es un asunto sin ninguna trascendencia. ¿En qué puedo ayudarte?

Sin embargo, llamadas e invitaciones importantes no han sido extrañas en la vida de Antonio Garrigues Walker y muchos otros componentes de la saga familiar. Durante el pasado siglo xx, el apellido Garrigues subió muchos peldaños en la escala de reconocimiento social, especialmente en la clase media-alta.

El «Garrigues» que da nombre a la saga familiar y al despacho de abogados es de origen francés, probablemente de la zona pirenaica, hacia el Rosellón y la Provenza, de donde pasó a Cataluña. Allí existe la comarca de Les Garrigues, situada en la provincia de Lleida y poblada por arbustos de monte bajo y matorral (garriga), de donde viene el nombre. Por otro lado, La Garriga es un municipio de la provincia de Barcelona que debe su nombre a la planta del mismo nombre, propia de zonas de secano. En el caso de esta rama familiar, el apellido pasó a Valencia (el bisabuelo de Joaquín Garrigues Martínez aún tenía fincas en Carcagente) y de ahí bajó a Murcia. Luego el apellido saltó a Madrid, donde han nacido nuevas generaciones de esta rama.

En la familia Garrigues han sido varios los nombres que han destacado y que serán recordados por su aportación a lo largo de más de medio siglo de historia de España, en áreas como la política, el Derecho o las relaciones internacionales, una aportación que ha puesto su apellido en la vitrina de los reconocimientos que tanto gusta conceder a la elite económica, política y cultural.

LOS KENNEDY

No han sido pocas las ocasiones en que se ha tratado de trazar un paralelismo entre el papel de la familia Garrigues en España y el jugado por los Kennedy en Estados Unidos. Sin embargo, aunque existen puntos en común y no faltan similitudes cuando menos curiosas, la diferencia es importante. Las dos familias, bien situadas en sus respectivas sociedades, tuvieron casos de éxito profesional entre sus miembros y su influencia en la vida económica y política fue indudable, aunque con metas alcanzadas de distinta magnitud.

Pero la comparación puede verse influida por la relación que ambos clanes iniciaron durante la guerra civil española. En aquellos años, la casa de Antonio Garrigues Díaz-Cañabate y Helen Walker, en el número 55 de la calle Castelló de Madrid, constituyó la pensión y refugio de muchas personas en tiempos difíciles. La nacionalidad estadounidense de Helen suponía una bandera de protección que la esposa trataba de extender por encima de quien fuese posible. La casa, aunque no era excesivamente grande, servía de cobijo para el matrimonio Garrigues Walker con sus cinco hijos nacidos hasta entonces (Isabel, Joaquín, Antonio, Juan y Ana) y dos hermanos del marido. Además, como se ha dicho, era asilo permanente de perseguidos y desventurados. Helen Walker fue activa militante del Servicio Azul, una organización dedicada a la atención material y espiritual de personas que vivían refugiadas en Madrid. Su condición de ciudadana estadounidense le permitió conseguir abundantes víveres de la Cruz Roja Internacional y de la Obra Norteamericana. Luis Joaquín Garrigues López-Chicheri afirma en el libro *Imágenes de una vida: Joaquín Garrigues* que «sería interminable la lista de todos los que encontraron acomodo y sustento espiritual y material en ese hogar, o incluso salvaron en él sus vidas, y que luego se deshacían en elogios hacia el joven matrimonio».

Uno de los más activos en el grupo de ayuda que fortuita-

mente se creó alrededor de Castelló 55 fue Joseph *Joe* Kennedy, el mayor del clan Kennedy, que estaba en Madrid en los últimos meses de la guerra. En una carta depositada en la Biblioteca John F. Kennedy, donde se encuentran documentos personales, cartas privadas y una gran cantidad de información sobre el que fuera presidente estadounidense, el propio Garrigues Díaz-Cañabate menciona al hermano de JFK, concretamente a una situación que pudo terminar con la vida del abogado y del propio Joe Kennedy.

Por aquel entonces, ambos formaban parte de un grupo simpatizante del Movimiento Nacional que desarrollaba labores de resistencia en el Madrid republicano. En una de las escaramuzas que se producían cada noche, Antonio Garrigues Díaz-Cañabate y Joe Kennedy cruzaron la ciudad en un automóvil. Un grupo de milicianos que patrullaba las calles dio el alto al vehículo. Los dos hombres se miraron. Garrigues no era un apellido desconocido y podían tener problemas. Los militares los hicieron bajar del coche.

—¡Contra la pared! ¡Vamos, rápido!

Garrigues pensó en Helen y en sus hijos. No era la primera vez que el abogado había tenido noticias de encarcelamientos de personas por estar en el sitio equivocado en el peor momento.

«Aquí se acaba todo», se dijo mientras empezaba a recitar con piedad lo que él pensó que serían sus últimas oraciones.

—¿De dónde venís, guapitos? Seguro que de alguna fiesta clandestina. Unos tanto y otros tan poco... —dijo un miliciano.

Las opciones se acababan. Entonces Joe Kennedy tiró de su rudimentario español:

—Soy americano —balbuceó.

Los milicianos se miraron con sorpresa. ¿Un yanqui?

—A ver, tus papeles.

Kennedy sacó su pasaporte de la chaqueta y se lo entregó. El miliciano lo revisó de todas las formas posibles y se lo devolvió.

—Está bien. Marchaos.

Garrigues y Kennedy se subieron al coche sin hacer más preguntas y condujeron en silencio. Después de doblar la esquina, Kennedy miró de reojo a Garrigues. El miedo hizo que se rieran con fuerza.

Pasados los años, Garrigues Díaz-Cañabate fue destinado a la embajada de España en Estados Unidos. El abogado llegó a la Casa Blanca para asistir al acto de presentación de credenciales. John F. Kennedy entró en el salón y saludó al embajador español.

—Mi hermano Joseph me habló mucho de España —dijo el presidente estadounidense tratando de romper el hielo con Garrigues—. Murió durante la segunda guerra mundial en una misión aérea. Él estuvo en Madrid varias veces.

—Lo sé —respondió con elegancia Garrigues.

—¿Ah, sí?

—Me salvó la vida.

La cara de JFK reflejó la duda. ¿Estaría Garrigues tratando de impresionarle? Pero aquel caballero español de porte elegante tenía poca pinta de ser un mentiroso.

Garrigues le contó entonces al presidente las peripecias que vivió junto a su hermano Joe en el Madrid de la guerra civil, ante la cara de asombro y complicidad de JFK.

El periodista José María Massip, presente en la ceremonia de presentación de las credenciales, señaló que «para el presidente Kennedy, ser amigo de su hermano Joseph era una credencial de absoluta confianza».

Aquella charla amistosa terminó fraguando una amistad profunda entre el matrimonio Kennedy y su familia. El embajador español fue invitado de excepción en la Casa Blanca, en diversas cenas y reuniones privadas a las que sólo acudían familiares y los amigos más próximos. El representante de Franco era el único embajador que podía presentarse en el hogar presidencial sin previo aviso, ser anunciado por su nombre y recibido por el presidente o su esposa. Fue una relación que,

además, se vio facilitada por los condes Potowski, cuñados de la hermana menor de Jacqueline y grandes amigos de don Antonio.

La confianza entre JFK y Garrigues Díaz-Cañabate crecía por momentos. En una ocasión, el embajador acompañaba al presidente de Estados Unidos por los jardines de la Casa Blanca. Kennedy tenía que enfrentarse a una conferencia de prensa en el departamento de Estado.

—Señor presidente, debe ser difícil enfrentarse a un grupo de periodistas dispuestos a examinarle cada día —preguntó don Antonio a JFK.

El presidente sonrió, recordando las miles de situaciones complejas que había tenido que asumir en su puesto político.

—Sí, es difícil.

—¿Cuál es su estado de ánimo en una situación así?

JFK miró a los ojos al embajador español.

—Yo creo que debe de ser muy parecido al estado de ánimo de un torero cuando se dirige a la plaza.

Dos días después, Kennedy era asesinado en Dallas, cuando se dirigía al Trade Mart a impartir una conferencia en la que incluía esta cita bíblica: «Si el Señor no cuida de su ciudad, en vano hacen guardia los centinelas».

EL COMPROMISO MATRIMONIAL CON JACKIE

Aunque la valía humana y profesional de Antonio Garrigues Díaz-Cañabate estaba más que demostrada, su nombre saltó a los titulares de los periódicos internacionales en febrero de 1966. La publicación francesa *France Dimanche* abría su portada con grandes alardes tipográficos: «Un viudo en la vida de Jackie». La noticia iba acompañada de varias fotos en las que se podía ver a Jacqueline Kennedy, viuda de JFK, del brazo de Antonio Garrigues Díaz-Cañabate, ya por aquel entonces embajador de España ante el Vaticano, que la había invitado a

Roma para pasar un fin de semana en la embajada española. A las publicaciones parisienses se unieron posteriormente las italianas, creando un fuerte rumor sobre una relación amorosa entre Garrigues y Jacqueline Kennedy.

En abril de 1966, los duques de Alba invitaron a la viuda de JFK a visitar la Feria de Abril de Sevilla. Fue tal el revuelo levantado por su presencia en España que el embajador de Estados Unidos en España, Biddle Duke, tuvo que salir a hablar en nombre de la viuda del presidente estadounidense desmintiendo un supuesto noviazgo con Garrigues.

El corresponsal del diario *ABC* en Washington, José María Massip, envió su crónica de las reacciones en territorio americano con el siguiente titular: «Jacqueline Kennedy, a través del embajador norteamericano en Madrid, desmiente los rumores de un supuesto compromiso matrimonial con don Antonio Garrigues». Massip, amigo del diplomático español, recogía las declaraciones que Garrigues había hecho en la recepción en casa de los duques de Alba: «Somos buenos amigos, y esto es todo». Unos días antes, en el aeropuerto de Roma, camino de España, al ser preguntado por su relación con Jackie, Garrigues Díaz-Cañabate había sido firme aunque abrió la compuerta de la rumorología al declarar: «Un caballero no responde a este tipo de preguntas».

La discreción del diplomático se mantuvo durante toda su vida. En casa, como reconoce su hijo, preguntarle sobre Jackie Kennedy o cualquier otra mujer era un tema tabú que no se permitía... y nadie se planteaba.

Los rumores del romance de Jackie y don Antonio no extrañaron a quienes conocieron en el trato cercano al diplomático. Su planta, elegancia, caballerosidad y galantería eran innatas y saltaban a la vista. Su propio hijo, Antonio Garrigues Walker, recuerda que durante una recepción en Jerusalén estaba departiendo amistosamente con una bella mujer israelí; el abogado había conseguido captar la atención de la joven hablando de poesía y teatro clásico. A la conversación se unió

don Antonio, que, con sus anécdotas sobre su época de embajador en Estados Unidos, cautivó por completo a la invitada. Después de la velada, el hijo reprochó con simpatía a su padre esa irrupción: «Hombre, don Antonio, que estaba yo hablando con ella y llegas tú con esa planta...».

ACTUAR COMO UN CLAN

La amistad entre los Kennedy y los Garrigues propició sin duda ese halo de clan que gira en torno a estos últimos. Es cierto que hay similitudes entre ambas sagas, como por ejemplo que las dos se dieron a conocer en los mismos años del siglo xx y que la política formó parte del proyecto vital de alguno de los componentes de estas familias. En el caso de los Kennedy, John fue el máximo exponente, en especial cuando alcanzó la presidencia de Estados Unidos, pero los Garrigues también contaron con un papel importante en diferentes gobiernos de España.

Sin embargo, si hay algo que ha diferenciado a los Garrigues y a los Kennedy ha sido la forma de proceder y dirigirse en la vida.

Los cronistas de la época e historiadores contemporáneos no han dudado en mostrar a los Kennedy como una saga familiar que gustaba actuar como un auténtico clan en el que el papel de paterfamilias iba cambiando según se desarrollaban los acontecimientos. En cambio, los Garrigues siempre han preferido huir de la etiqueta de clan.

En 1978, don Antonio Garrigues Díaz-Cañabate escribía de su puño y letra en el libro *Diálogos conmigo mismo* que él pertenecía a una familia unida, donde los vínculos familiares, y también las tensiones, eran muy fuertes, pero no podía considerarse como un clan en el sentido de unidad de objetivos ni de finalidades socio-político-económicas bajo una disciplina y un mando jerárquico. Cada uno de los miembros de la familia

tenía, y tiene, su libertad, independencia y personalidad propias. Y don Antonio añadía que se habla del «clan Garrigues» o «los Garrigues» porque es una forma convencional, semántica, de aglutinar en una sola palabra a todos los miembros de esta familia que, en un campo u otro, han obtenido alguna notoriedad.

El propio Antonio Garrigues Walker, en 1983, cuando la aventura política del Partido Demócrata Liberal ocupaba el interés de los medios de comunicación ante lo que podía ser la irrupción de un partido bisagra entre la derecha y la izquierda española, tenía que lidiar con la cuestión del «clan Garrigues» en las distintas entrevistas a las que se sometía. La tentación de comparar a los Garrigues y a los Kennedy, aunque lejos de responder a una realidad, era muy atractiva informativamente hablando.

Joaquín Garrigues Walker, hermano de Antonio, solía responder con humor a dichas insinuaciones: «Ellos [los Kennedy] son más guapos y, sobre todo, más ricos». «En un clan se tiene el sentimiento de jerarquía», explica a su vez Antonio Garrigues Walker, marcando claras diferencias en la forma de actuar de ambas sagas, «se protegen los unos a los otros y aceptan el liderazgo de algún miembro de la familia. Y eso es algo que nunca se hubiera aceptado en la familia Garrigues».

Ni tan siquiera cuando algún miembro de la familia conseguía un mayor reconocimiento público, como fue el caso de Joaquín al entrar a formar parte de la política nacional, ello implicaba una mayor cuota de poder en el ámbito familiar. Si Joaquín encaminaba sus pasos a la política lo hacía él, y no la familia. Así pues, los Garrigues no se han comportado como un clan, como un grupo familiar organizado cuyos actos se realizan de común acuerdo para lograr ciertos objetivos comunes: no ha ido con ellos o no lo han sabido o querido hacer. Ni siquiera su padre, don Antonio, que sí actuaba de patriarca, ocupaba ese liderazgo de manera absoluta.

Pero con el paso de los años y el desarrollo de los aconte-

cimientos, la vida fue otorgando distintos roles a los miembros de la familia. La muerte de sus hermanos Joaquín, José Miguel y Juan ha delegado en manos de Antonio un papel de patriarca que él no ha buscado, aunque tampoco ha rechazado.

EL ABUELO JOAQUÍN Y LA EDUCACIÓN EN VALORES

Joaquín Garrigues Martínez, abuelo de Antonio Garrigues Walker, fue una persona clave en la formación de sus hijos, y también en la de sus nietos. «Se trataba de una persona muy peculiar con una moral muy singular», como lo recuerda el propio Antonio. Era oriundo de Totana, un pueblo de la provincia de Murcia de ricas huertas, e hijo de terratenientes venidos a menos. Se estableció pronto en Madrid, donde contrajo matrimonio. Era abogado y secretario de Sala, y tenía un buen empleo, secretario-relator de la Audiencia, lo que le permitió vivir desahogadamente junto a su mujer y a sus cinco hijos. Pero fue, sobre todo, una persona dedicada al campo: compró varias fincas con sus ahorros y se dedicó a explotarlas. Llegó a tener un total de quince en la zona de Almería y Murcia.

Antonio guarda muchas vivencias de su abuelo Joaquín, ya que vivió en casa de su padre hasta su muerte, con más de noventa años. Un hombre más que sumar a la larga lista de varones que convivieron en el hogar de los Garrigues Walker. Su fina barba blanca, su moral estricta y su gran sentido del humor dejaron huella en Antonio.

La educación que Joaquín Garrigues Martínez dio a sus hijos fue de lo más espartana. A los niños sólo les compraba lo que necesitaban, normalmente libros y ropa, y cuando ésta se les quedaba pequeña a los mayores la heredaban los hermanos menores, en una práctica habitual en las familias numerosas. Sin embargo, a pesar de esa austeridad, Joaquín Garrigues Martínez fue un padre de una extraordinaria liberalidad y no escatimaba una peseta para libros, profesores particulares, co-

legios, estudios superiores e incluso viajes al extranjero. Era bastante culto y tenía una gran biblioteca, cuyos libros empezaron pronto a devorar sus hijos. Fue sin duda un gran impulsor de la cultura y formación de sus cinco vástagos: Joaquín, Mariano, Antonio, José Luis y Emilio.

Pero no cabían los caprichos ni el dinero de bolsillo. Y si se compraba algo era por un trabajo bien hecho, como cuando regaló a su primogénito una bicicleta como premio por sus excelentes notas.

En lo que sí se esmeró Joaquín Garrigues Martínez fue en intentar conseguir que sus hijos llegaran lo más alto posible. Les dio la mejor educación intelectual y moral que pudo, inculcándoles sentido del deber, espíritu del trabajo, disciplina, autoridad y una sana ambición. Incluso la gran distinción entre lo que es importante o necesario y lo que se considera superfluo o fútil, diferencias bien marcadas en el carácter de Antonio Garrigues, proceden de su abuelo Joaquín.

EL TÍO JOAQUÍN: EL CATEDRÁTICO AMIGO DE JOSÉ ANTONIO

Joaquín Garrigues Díaz-Cañabate, tío de Antonio Garrigues Walker, logró una gran relevancia en el ámbito del Derecho. Con veintisiete años se convirtió en el catedrático más joven de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid. En el proceso de obtención de la cátedra tuvo que intervenir su amigo José Antonio Primo de Rivera para pedirle a su padre, el general y dictador Miguel Primo de Rivera, que no pusiera obstáculos en su nombramiento si éste llegaba a ser el mejor preparado, como así fue, porque corrían rumores de que la cátedra se iba a otorgar a dedo a otro de los aspirantes.

Tras el estallido de la guerra civil fue apresado y enviado a la cárcel de Valladolid. Tras ser liberado, pasó años de penurias económicas y acabó trabajando como jefe del Departamento de la Asesoría Jurídica de Falange, donde se llevó como

colaborador a Rodrigo Uría González, a la postre ilustre profesor y jurista, fundador del bufete Uría & Menéndez y padre del también brillante abogado Rodrigo Uría Meruéndano. Fue detenido por segunda vez y encarcelado en Santander, y tuvo que defenderse en un juicio en Burgos pues le hicieron un consejo de guerra.

Sus conocimientos y trayectoria convirtieron a Joaquín en una de las grandes referencias del Derecho Mercantil en España. Fue un gran estudioso y académico, catedrático, autor de multitud de obras y maestro de grandes abogados. Fundó junto a Rodrigo Uría González la acreditada *Revista de Derecho Mercantil* y sirvió de referencia a generaciones enteras de juristas. Su prestigio y su trabajo fueron las semillas del bufete J&A Garrigues.

A principios de los años sesenta, Franco decidió que dentro de la formación integral que debía recibir el entonces príncipe don Juan Carlos tenían que incluirse unos cursillos de Derecho. Don Joaquín Garrigues fue el encargado de instruir al futuro rey de España en el ámbito del Derecho Mercantil.

El rey nunca se olvidó de su profesor y siempre que tuvo ocasión saludaba con cariño y respeto a don Joaquín, y le recordaba los deliciosos ratos que pasaron juntos hablando de temas tan *sugestivos* como la letra de cambio, la empresa, la avería gruesa o el fletamento, según recuerda Luis Joaquín Garrigues López-Chicheri, hijo de don Joaquín.

ANTONIO GARRIGUES DÍAZ-CAÑABATE: PADRE,
EMBAJADOR Y ABOGADO

Don Antonio Garrigues Díaz-Cañabate, simplemente Don Antonio dentro del ámbito de la abogacía y del Derecho en general de nuestro país, fue, además del padre de Antonio Garrigues Walker, toda una referencia en la historia política española del siglo xx, pues ocupó altos cargos tanto con la Re-

pública, como con el franquismo o la Monarquía. Este jurista, fallecido en 2004 ya centenario, realizó sus estudios universitarios en el viejo caserón de la calle de San Bernardo, en Madrid. Se sintió atraído por la filosofía, el arte y la literatura, aunque la tradición familiar de su padre y de su hermano Joaquín le inclinaron hacia el Derecho. Don Antonio confesaba que «fue la carrera de abogado la que me eligió a mí». Era un lector insaciable. Vivía con intensidad, cabeza y corazón, cada hora, cada minuto, con lo que obtuvo matrícula de honor en todas las asignaturas y Premio Extraordinario en la licenciatura. Sin embargo, nunca guardó un recuerdo muy bueno de su época de estudiante en la Universidad, porque más allá de los años juveniles, que siempre tienen encanto, el ambiente universitario le era poco grato.

Entre sus amistades contaba con grandes nombres de la intelectualidad de la época, como Federico García Lorca, Pepín Bello, José Bergamín o Ignacio Sánchez Mejías. En 1931 se convirtió en director general de los Registros y del Notariado en el Ministerio de Justicia, en el seno del Gobierno republicano, cargo que abandonó cuando comprobó la incapacidad del régimen republicano para aglutinar a todos los españoles. Pasó entonces a ejercer como abogado en La Equitativa, Fundación Rosillo.

Antonio Garrigues Díaz-Cañabate y su futura esposa, Helen Anne Walker, se conocieron de forma casual en un viaje que ella realizó a España. Helen, procedente de Estados Unidos, llegó acompañando a su padre, ingeniero jefe de la empresa norteamericana ITT, que venía a negociar a Madrid un acuerdo comercial. Don Antonio representaba en calidad de letrado a importantes compañías españolas, entre ellas a Telefónica. Se conocieron durante los encuentros para las negociaciones y después de alguna cena saltó la chispa entre ellos. «Creo que se enamoraron apasionadamente. Nunca les pregunté por la intensidad de su amor, pero debió de ser muy profundo», asegura su hijo Antonio Garrigues Walker.